

economía negocios

A la hora de elegir estudios tanto padres como hijos han de estar atentos a los requerimientos del mercado laboral para evitar desajustes y evitar centrar la formación en aquellos perfiles que no se demandan o al contrario alejarse de esa capacitación básica para los puestos que van a necesitarse

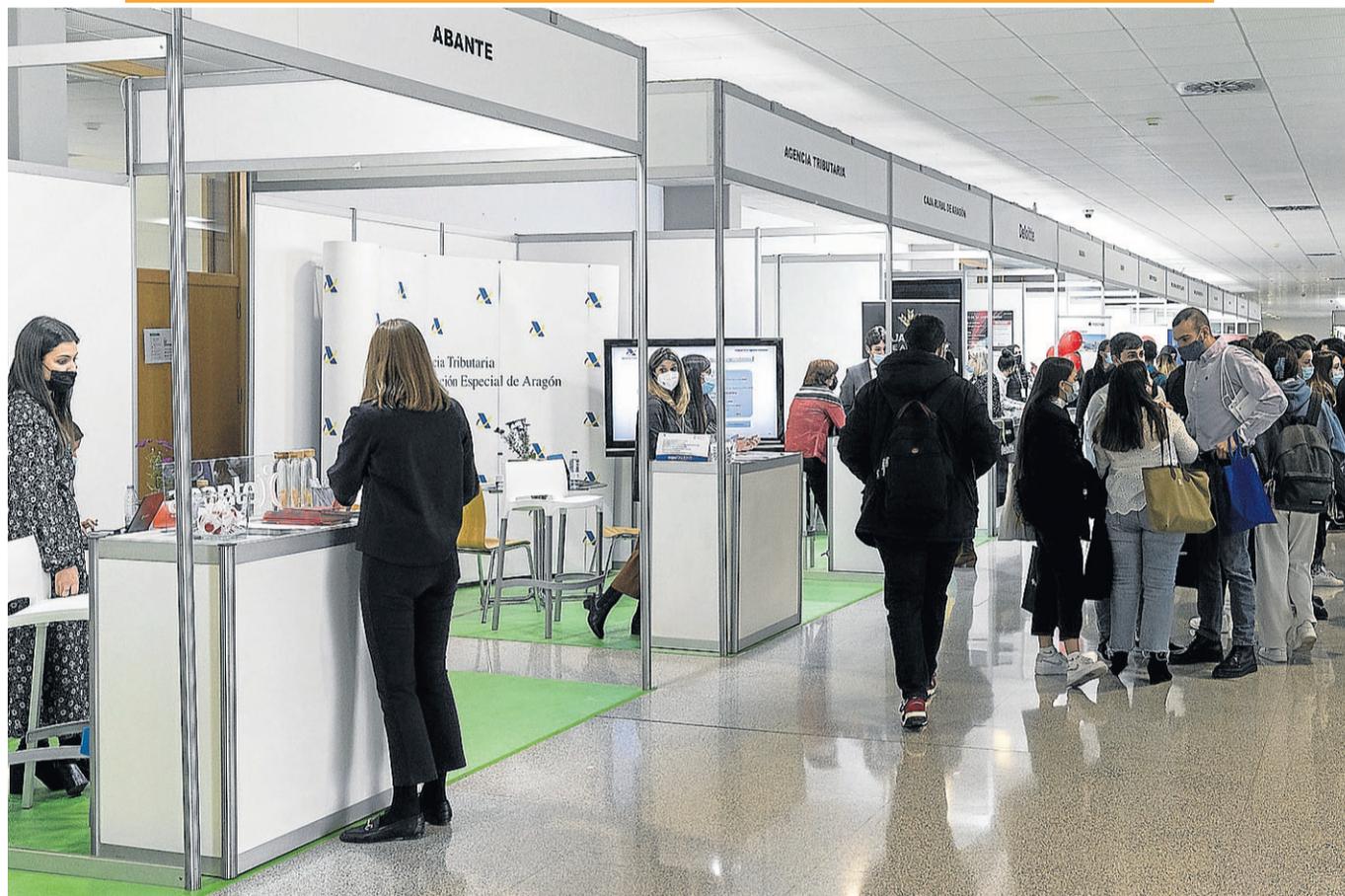
Una de las secuelas negativas de las dos recientes crisis que hemos vivido, la Gran Recesión y la derivada de la covid-19, ha sido el elevado aumento en las tasas de paro, especialmente el juvenil. Las cifras son ciertamente preocupantes: 13,65% la tasa de paro general y 30% la tasa de paro entre los menores de 25 años, muy por encima de la media de la UE.

Buena parte de ese paro juvenil está formado por personas que han abandonado tempranamente sus estudios y que tienen dificultad para acceder a un mercado de trabajo que exige unos niveles mínimos de cualificación cada vez más elevados. Sin embargo, otra buena parte de ese paro juvenil, y también entre los grupos de edad inmediatamente próximos, se corresponde con personas con niveles de estudios superiores que no encuentran puestos de trabajo apropiados a sus características. Esto puede deberse, bien a que los puestos o condiciones ofrecidas están por debajo de la formación recibida por esa persona –es lo que se conoce como sobreeducación o sobrecualificación–, o bien a que los campos de estudio en los que se han especializado los trabajadores difieren de los que son requeridos por las empresas –es el llamado desajuste horizontal–. Entre las consecuencias negativas de estos dos tipos de desajuste educativo no están solo el mayor riesgo de paro, sino también unos posibles menores salarios, mayores dificultades en la promoción profesional o una mayor rotación laboral.

Uno de los aspectos más estudiados es si los desajustes en educación están relacionados con los campos de estudio cursados (las carreras). Es habitual observar entre los países de nuestro entorno que aquellos estudios superiores con una formación más general, en la que las competencias específicas son menos relevantes, como pueden ser las humanidades, las artes, algunas ciencias sociales (como políticas, periodismo o sociología) o naturales (como biología o ciencias medioambientales) muestran mayores niveles de pa-

Todo es economía

por Víctor Montuenga*



Feria de Empleo celebrada recientemente en el campus Río Ebro. OLIVER DUCH

Y ahora, ¿qué estudio?

ro y de desajuste educativo. Por el contrario, en las especialidades de ingeniería, tecnologías de la información y la comunicación, en algunas ciencias naturales como la física o matemáticas y en las ciencias de la salud, todas ellas campos en los que las competencias adquiridas están muy vinculadas a ocupaciones determinadas, tanto el paro como el desajuste educativo son menores. En el caso español, la evidencia más reciente indica que los trabajadores con estudios en medicina, y en otras especialidades relacionadas con la salud, son los menos propensos a sufrir algún tipo de desajuste. Por su parte, aquellos con estudios re-

lacionados con las artes, la comunicación o ciertas ciencias sociales, son los más expuestos a sufrir un doble desajuste: estar en una ocupación diferente a los estudios realizados y estar en un puesto de trabajo que requiere menor cualificación que la obtenida.

La pregunta clave que suele hacerse es qué motivaciones llevan a los estudiantes a elegir una especialidad en particular. Conocerlas podría ayudar a tratar de reducir tanto los niveles de paro como el desajuste educativo, vertical u horizontal. Partiendo de la base de que aquellos que optan por realizar estudios superiores buscan no solamente desarrollar una carrera

profesional sino también auto-realizarse personalmente y desempeñar un papel activo en la sociedad, básicamente hay dos visiones sobre cuáles son los motivos en la elección particular del campo de estudios. Por una parte, una perspectiva racional por la que los estudiantes tratan de conjugar sus aptitudes (innatas o adquiridas) con aquellos estudios más prometedores para su ejercicio profesional. Por otra, una más guiada por las preferencias, según la cual los estudiantes optan por aquellas ramas de estudio que más satisfacen sus deseos o inquietudes, dejando en un segundo plano el futuro profesional que esas ramas de estudios les pudieran proporcionar. En realidad, la decisión final de qué estudios realizar será

resultado de la influencia de ambas perspectivas y de otros factores como las restricciones de disponibilidad y/o acceso a los estudios, de la zona donde viva el estudiante o de los recursos económicos de la familia, por ejemplo.

De acuerdo con lo expuesto, tomar una decisión «racional» requiere de una valoración meditada y fundamentada de por cuál especialidad optar. Es difícil saber hasta qué punto la existencia de paro o desajuste educativo en determinadas ocupaciones es fruto de decisiones que no tienen en cuenta las perspectivas laborales futuras o que estas sean desconocidas por parte de los estudiantes, pero parece que su influencia no debe ser menor. Sería fundamental que los estudiantes (y sus padres) tuvieran una información lo más actualizada y extensa posible acerca de las posibilidades en términos de empleabilidad, ganancias y condiciones laborales de cada una de esas especialidades para tomar sus decisiones. Con una mayor información es probable que se reduzcan parte de los problemas de paro, sobrecualificación o desajuste horizontal.

*Víctor Montuenga es miembro del instituto Iedis y preside la Asociación Española de Economía el Trabajo.

Son los estudios relacionados con las artes, la comunicación o ciertas ciencias sociales los más expuestos a sufrir un doble desajuste